

COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

CAPÍTULO PRIMERO: EL HOMBRE ES “CAPAZ” DE DIOS

Nº 2 ¿Por qué late en el hombre el deseo de Dios?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

¿Por qué late en el hombre el deseo de Dios? Esta es la segunda pregunta del “Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica” y con esta pregunta se abre el capítulo primero, que tiene como título “El hombre es capaz de Dios” o sea, que estamos haciendo una afirmación de partida de que, el hombre tiene la capacidad de abrirse a Dios. Van a ser cuatro preguntas las que se desarrollan en este primer capítulo. La primera:

“¿Por qué late en el hombre el deseo de Dios?”

Dios mismo, al crear al hombre a su propia imagen, inscribió en el corazón de éste el deseo de verlo. Aunque el hombre a menudo ignore tal deseo, Dios no cesa de atraerlo hacia sí, para que viva y encuentre en Él aquella plenitud de verdad y felicidad a la que aspira sin descanso. En consecuencia, el hombre, por naturaleza y vocación, es un ser esencialmente religioso, capaz de entrar en comunión con Dios. Esta íntima y vital relación con Dios otorga al hombre su dignidad fundamental”.

En este punto segundo se parte de una concesión en la que Dios, cuando ha creado al hombre ha dejado inscrita en su alma, si me permitís la expresión, como un ADN espiritual y ese ADN espiritual es el deseo de plenitud, el deseo de infinitud, un deseo de Dios. Eso está inscrito en el corazón de todo hombre y de toda mujer, de todos los tiempos y de todas las culturas. Esto que estoy diciendo es una afirmación potente, porque hay muchos que piensan que la religiosidad es cosa educacional, que depende de culturas y de cómo hemos sido educados; que muchas culturas son religiosas porque, en su tradición, han sido educadas así, pero que el hombre moderno, no sería un hombre religioso ¿es esto así?

Nosotros, sin embargo, pensamos otra cosa: pensamos que no somos religiosos por educación, sino por naturaleza, porque Dios, como he dicho antes, ha dejado inscrito dentro de nosotros un deseo de plenitud, de infinitud, de totalidad, de amor, que solamente Dios puede saciar. Entonces el hombre, incluso sin saberlo, es religioso, porque está buscando a Dios cuando busca la plenitud, cuando busca la totalidad. Hay muchas páginas hermosas, por ejemplo, San Agustín en el libro de las confesiones, él viene a expresar que cuando se encontró con Dios, se dio cuenta de que, incluso cuando robaba manzanas, cuando buscaba una felicidad, cuando pretendía ser el líder de toda la cuadrilla de sus amigos, cuando buscaba superar el tedio, el aburrimiento, cuando buscaba más (porque el hombre busca más, no se conforma con menos... quiere más, estamos hechos para más y no para menos... buscamos una cosa y cuando la tenemos, parece que nos sentimos satisfechos, pero al poco tiempo ya nos aburre y buscamos más), detrás de eso, dice San Agustín, finalmente me di cuenta que estaba el deseo de Dios.

Porque solamente Dios es el que puede satisfacer plenamente ese deseo de superación, de plenitud que tiene el corazón del hombre, al que todo en esta vida se le queda corto, incluso cosas que deseamos, que nos parece que si las tuviésemos, que si las alcanzásemos, con eso ya seríamos plenamente felices... pues no es así. El día que las conseguimos se nos quedan pequeñas inmediatamente, y seguimos buscando más y más y más, ¿qué hay detrás de eso? el deseo de Dios, que Dios ha dejado inscrito en el corazón del hombre. Por eso decía Dostoyevski, que en realidad no existen ateos, existen ídólatras, porque el hombre cuando no se arrodilla ante Dios, se arrodilla ante otras cosas, se arrodilla ante falsos ídolos, se arrodilla ante la política, se arrodilla ante el dinero; porque lo curioso es que, el corazón del hombre ha sido creado para arrodillarse, para buscar una plenitud, somos así, forma parte de nuestro ADN... ser buscadores.

Ojalá y lleguemos a percatarnos de que, buscamos porque amamos y encontramos porque somos amados. Buscamos porque Dios ha dejado inscrito en nosotros ese deseo de él. Hay una frase que ha marcado la historia de la Iglesia, es un clásico de la espiritualidad, que está aquí referida, en este punto segundo del Compendio del catecismo, de San Agustín, y dice "Tú eres grande, Señor, y muy digno de alabanza (...). Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti". Somos un corazón inquieto, y esa inquietud que tenemos ¿cuándo se saciará? cuando estemos en Dios: "Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti". Y en esta vida damos muchos tumbos, a veces muy erráticos (como también le pasó a San Agustín, quién dijo esta frase), y al final de todos los errores de la vida, nos damos cuenta de que estamos buscando, buscando, y solamente al encontrar a Dios es cuando, experimentamos que estamos en casa; al encontrarle a él es que hemos llegado al puerto que buscábamos. ¡Bendita sed de Dios! ¡bendita inquietud! ¡bendita insatisfacción! que experimentamos y que en el fondo detrás de ella se esconde el hambre y sed de Dios